

viven, una florista, en el tercero; en el segundo, una modista, y por cierto que la cajera es amiga mía; otra modista en el primero, y en los bajos, ya lo sabeis, hay una joyería. Y se me figura que el marqués no estará comprando á diario alhajas, sombreros, trajes ó flores, ¿no es cierto?

—*Yes.*

Stripp seguía bebiendo Champagne.

—Querido—dijo Servais al criado del barón de la Briche,—John no es curioso. Jamás se entera de lo que hace su amo, y no se ocupa sino de cumplir con su obligación.

—Vamos, vamos. Pues yo lo diré. El señor marqués va á casa de Felisa porque vé allí á una belleza que ha llegado hace unos dieciocho meses, y que trae revuelto con su hermosura á todo el barrio. Mimi me lo ha referido. Mimi es una florista á quien debo muchas bondades... Las dos mujeres se conocen. Y, según parece, vuestro amo está locamente enamorado de la chica esa.

El cochero no atendía. Sólo se ocupaba en beber.

Pero Román supo lo que deseaba saber.

Servais, ante la imposibilidad de contener semejante verbosidad, no tuvo más remedio que resignarse.

El otro siguió diciendo:

—¿Y qué piensa la marquesa de la conducta de su marido? ¡Si yo fuera ella! ¡Qué desquite!

—La señora no es de las que se eclipsan al ver un portamonedas.

—¡Porque no tiene necesidad de dinero!

—¡Podrá ser!—exclamó el otro con filosofía.

Román estaba indignado.

Hubiera querido coger por el cuello al ayuda de cámara del marqués y arrojarlo á la calle medio estrangulado, así como á toda aquella turba; pero su hermano le calmó.

—Vamos á dar un paseo—le dijo.

Y ambos salieron, dejando allí á los comensales, quienes diez minutos después dormían profundamente, arrullados por los vapores del vino.

Servais fué el único que no perdió la cabeza. Y dejando allí á sus derrotados compañeros, salió del restaurant.

XXXI

Román Tremor supo al fin lo que quería saber.

Su fino instinto no le había engañado. La noche aquella en que vió á las dos mujeres y creyó reconocer en una á Solange, no se equivocó.

En lo sucesivo podría verla. La incertidumbre que pesaba sobre él había desaparecido. Sabía ya que Solange estaba allí, á dos pasos de él. Hubiera querido volar á ella; pero ¿cómo hablarla, si la hallaría rodeada de compañeras? Y además, ¿con qué pretexto penetraría en el taller? Esperaría hasta la noche. ¡Qué suplicio!

Y después de todo, ¿qué podría decir á So-

lange? Lo ignoraba. Sentía necesidad de verla; sería para él, aunque amarga, una verdadera alegría, la de poder contemplarla y hablar con ella; saber algo de su vida, de sus esperanzas, de sus penas...

Los criados del marqués, con la cabeza más despejada ya, se dirigieron al fin á sus respectivas casas.

Servais, como hemos dicho, salió antes. El confidente del marqués estaba descontento. La charla del amigo de la florista le había contrariado.

A eso de las siete volvió á entrar en el *restaurant*, so pretexto de tomar una copa de Madera, y halló á los dos hermanos sentados á la mesa.

Juan devoraba. Román apenas probaba bocado.

Servais fué cortés y habló con ellos de Chevagnes.

—¿Sabeis algo del señor Souvray?

Román contestó que le encontraba muy amenudo, que paseaban juntos; que el señor Souvray no era orgulloso é iba de vez en cuando al establecimiento para hablar con él.

—Excelente familia—exclamó el mayor de los Tremor.—No hay muchos como ellos. El más joven, Hugo, está como sin sombra desde que se fué su hermano. ¡Así nos sucede á nosotros; no podemos vivir sin Román!

Servais sonrió y guiñó el ojo; pero no dijo lo que estaba pensando.

Momentos después salió de allí convencido, á juzgar por el contento que revelaba el

semblante de Román, que éste no había comprendido las bromas del gascón, que probablemente pensaba menos en Solange, y que el tiempo, que todo lo borra, había mitigado también aquel amor.

¡Cuánto se equivocaba!

Román estaba más enamorado que nunca.

Terminada la comida, salió con su hermano y paseó cogido de su brazo por los Campos Eliseos.

—¡Vamos!—dijo Juan suspirando,—es preciso decírtelo todo. No podemos seguir viviendo así, separados. Antes éramos felices. Ahora todos tenemos una espina en el corazón. Vuelve al pueblo. Deja á Bricbet que prospere solo. ¡No tiene necesidad de tí!

—No puedo.

—Sé lo que te retiene. Lo he comprendido perfectamente desde esta mañana. ¡Es una desgracia que esa muchacha se haya interpuesto entre nosotros!

—¡Pobre Solange!—murmuró Román.

—Pues bien—añadió Juan,—hay un medio de arreglarlo todo.

—¿Cual?

—Ya has oído lo que decían esos holgazanes esta mañana. No he dejado de observarte. ¿Sabes dónde está?

—Cuento con saberlo pronto.

—Habla con ella, y si promete que será una mujer honrada en lo sucesivo, ya trataremos de olvidar el pasado. Ello es muy penoso; ¡hablarán en el pueblo, y quizá tengamos que sufrir algunas vejaciones!... y como

no estamos acostumbrados á eso... ¡Pero nuestro padre se halla tan triste! Desde que te viniste, está como el señor Hugo de Souvray.

Y después de titubear algo, y violentándose bastante, concluyó por decir:

—Cásate con ella.

—¿Consentiríais?—preguntó Román.

—¡Ya que eso es necesario para atraertel...

—No ignoras que tiene un hijo.

Juan dejó escapar un gruñido.

—La *Bigornia* me lo refirió en secreto una noche en casa, dijo.

Y añadió con su natural bondad:

—¡No vamos á matarlo! ¿Qué culpa tiene el inocente?

—Sin duda.

—Será preciso tomarlo con su madre.

—¿Y tú lo soportarías, Juan?

El campesino sentía verdadera indignación, honda repugnancia; pero al fin dijo:

—El pobre viejo y yo lo daremos todo por bien empleado con tal de verte contento, feliz; tanto más, dependiendo de nosotros el remedio.

Andaban despacio por una avenida casi desierta.

Román, sumamente conmovido, abrazó á su hermano.

Para gente tan honrada, tan recta como ellos, esa prueba era la de mayor afecto que podían darse.

—Después de todo —repuso el hermano mayor— la vida no es tan larga. Lo principal

es pasarla reunidos y ayudarse unos á otros. Le llevaré á mi padre la noticia. Algo le contrariará ¡quien lo duda! pero ¡qué remedio! Ya se acostumbrará. La idea ha sido suya, y sin que esto que voy á decirte salga de nosotros, como no quiero ocultarte nada, te confesaré que ese, y no otro, ha sido el objeto de mi viaje. Quedamos en lo dicho, ¿eh?

—No.

—¿Rehusas?

—Es mi deber. Nuestra reputación de honrados, es un bien que no podemos sacrificar. No quiero que nadie tenga que echarme en cara nunca una bajeza. Y, sobre todo, no puedo imponerla á cambio de vuestra cariñosa bondad para conmigo. Dadme una tregua. Quizás dentro de algún tiempo podré recuperar á Solange; pero en las circunstancias y con la condición que yo me sé. Y quiere decir que de aquí á unos meses haya logrado ó no el fin que me propongo, volveré al Priorato. Tened paciencia. Puesto que ya sé donde puedo hallarla y no habrá que esperar mucho tiempo.

A Juan se le quitó un peso de encima.

La sola idea de verse expuesto á la crítica de las gentes de su pueblo, y de prohiar al hijo de otro, no cabía en su cerebro; y si la aceptaba era únicamente impulsado por el heroico cariño que profesaba á su hermano.

—Sea lo que tú quieras—dijo—esperaremos.

Juan estaba rendido; el viaje primero y el paseo luego, le hacían desear una cama dura

ó blanda, eso era lo de menos, donde descansar y dormir á pierna suelta.

Román aprovechó esto para acompañarle á su casa, darle las buenas noches y dejarlo durmiendo como un bendito.

Cuando se vió en la calle respiró de contento.

Al fin estaba libre.

A fuerza de vagar por todas partes, sabia que los empleados del barrio de la Opera abandonan sus talleres de siete á diez, para retirarse á sus casas.

Su reloj marcaba las nueve y cuarto.

Dirigióse con paso acelerado hácia la calle de la Paz.

Cuando se detuvo frente á la casa número 47, se veían aún algunas luces, á través de los visillos, en el piso principal.

Unas cuantas oficialas que se habían retrasado en salir, pasaron rápidamente á su lado.

¡Ninguna de ellas era Solange!

Fueron apagándose las luces. No se distinguía la sombra de muchacha alguna.

Decididamente, era demasiado tarde.

Como no tuviera valor para abandonar aquel sitio, y continuara estacionado en él, pudo al fin distinguir que abrían uno de los balcones y que una mujer, con gorro y delantal de muselina blancos, se asomó y apoyóse con cierto abandono en la barandilla.

Román tuvo una inspiración.

El portal estaba aún abierto y alumbrado. Atravesó de una acera á otra, entró en la

casa, y sin preguntar á nadie, subió precipitadamente la escalera.

Al llegar al primer piso, llamó sin titubear.

Oyó que abrían y cerraban puertas. La mujer del balcón, con paso tardo y semblante fosco, fué á saber quién llamaba.

No era de su agrado que la molestasen á aquellas horas.

Al ver á un desconocido, preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

—¿La señorita Felisa?

—Señora, si os es igual.

—Como gustéis.

—¿Qué deseais de la señora?

—Suplicarle que me dé informes...

—Esto no es ninguna agencia. Pero volved de día, si quereis. Además, la señora no está aquí.

Román se felicitó. Le agradaba mucho que la señora estuviera ausente. Su presencia le hubiera cohibido. Mientras que frente á frente de la doncella, se hallaba más á su gusto.

Animóse de pronto. Y ya era tiempo, pues Juliana, poco paciente de suyo, iba á ponerle de patitas en la calle.

—Esos informes — repuso, adelantando unos pasos, — podéis también dármelos vos.

—¿Yo?

—Sí.

—Ante todo, ¿cómo os llamais?

Juliana no hacía más que mirar á aquel visitante que se presentaba tan bruscamente. Y, á decir verdad, lo encontraba bien parecido.

No conocía, entre los que frecuentaban su trato, ninguno que pudiera rivalizar con aquel buen mozo, moreno, de facciones acentuadas, sedoso bigote, negra y lustrosa cabellera, mirada franca, osada é inteligente.

—Román Tremor—contestó él.

Este nombre produjo un efecto mágico en la sirviente. Lo había oído más de una vez en las conversaciones que Solange sostenía con su ama, y se interesó, aun sin conocerle, por aquel enamorado que vivía siempre, eso era indudable, en el corazón de la joven, y del cual hablaba ella con tanta vehemencia.

—¿Conque sois Román Tremor?—repitió.

—El mismo.

—¿Y venís á saber algo de la señorita Fargeas?

—Sí.

—Entrad.

Juliana no había mentido. Su señora estaba en la Opera. Obligada á esperar á que volviera, tenía tiempo de sobra.

Román no se hizo rogar.

La fisonomía de la doncella había cambiado en su favor; ya no era fosca, sino atractiva. Comprendió que podría sacar partido de semejante conocimiento, y se propuso no perder el tiempo...

Sola en aquel piso, Juliana era la dueña.

Él hizo á las mil maravillas ese papel.

—Tomad asiento—dijo introduciendo á Román en el saloncito.—Ahora, hablad.

—Solange...—balbució él.

—No está aquí mas que durante el día.

Por la noche se retira á su casa, como las demás.

—¿Dónde vive?

—¡Qué curioso sois! No lo sé.

—¿Es, pues, un misterio?

—Sí y no. De sobra comprendereis que á esa joven no le agradaría que diéramos las señas de su casa al primero que se presentara. Cada cual tiene sus secretos, ó sus caprichos, si quereis darles ese nombre; y ella, sobre todo, debe tener los suyos.

—¿Quiere decir que os negais?...

Román quedó tan consternado, que Juliana tuvo lástima de él.

La muchacha tenía buen corazón.

—Además—repuso él—¿de qué os serviría ocultarme dónde vive? Puedo esperarla, y cuando salga de aquí seguirla.

—En efecto...

—Pareceis muy buena, y estoy seguro de que contestareis á lo que os pregunte.

—¡Dios mio!—exclamó Juliana, haciendo melindres—no quisiera causaros ningun pesar. Sin embargo, si la señora supiera que he dicho algo, se pondría furiosa.

—¿Perderíais quizá vuestro puesto?

Ella, moviendo la cabeza, replicó:

—¡Oh! sé mucho ya para que me manden fuera.

Él, acercándose, la cogió de la mano y ella no se opuso. Juliana no era esquiva, y dicho sea en honor á la verdad, tampoco era fea, al contrario.

Alta, rubia, cutis fino, cuerpo bello, bien

ataviada siempre, podía inspirar un capricho al hombre más descontentadizo y menos enamorado de otra mujer de lo que estaba Román.

—Veo que adorais á Solange—dijo algo despechada.— Os advierto que no sois el único.

Román hubiera destrozado la mano que Juliana le abandonaba con tanta complacencia; pero comprendió que debía acariciarla con más dulzura aún.

—No sé si la adoro ó la odio—dijo él.— Pero quiero tomar una resolución después de haberla hablado, para conocer cuáles son sus verdaderos sentimientos.

—¡Qué vanidoso sois si os preciais de conocer lo que piensa una mujer, y sobre todo si esa mujer es Solange!—dijo Juliana.— Apenas habla. Os dirá lo que le parezca. Y no adelantareis nada.

Román dirigió una expresiva mirada al relój.

El tiempo volaba con vertiginosa rapidez. Pero él estaba sobre la pista. Era preciso aprovechar tan propicia ocasión. Así es que repuso con suplicante acento:

—Escuchad, señorita, ¿cómo debo llamaros?

—Juliana.

—¡Bonito nombre! Estoy seguro de que ha sido una suerte para mí el haberos encontrado. ¡Me preguntais si amo á Solange! ¡La he amado mucho! Debió ser mi mujer. Después que se ausentó, he creído volverme loco.

Se me figuraba que por momentos iba á estallar mi cerebro. Hace tiempo ya que nos abandonó. He venido á París para olvidar. He fundado un establecimiento que prospera sin que yo me ocupe de ello, afortunadamente, pues no he nacido para los negocios, sino para vivir tranquilo con una mujer honrada que me quiera un poco y que se deje amar mucho.

—Eso no es tan difícil de hallar, me parece.—dijo ella haciendo un expresivo mohín.

—¡Si Solange hubiera querido! ¡Pero es imposible!

—¡Efectivamente!—exclamó Juliana con viveza.—¿Y dónde está vuestro establecimiento?

—Faubourg Saint Honoré. *El Fiel Cochero*.

—¿Esquina á la calle de Miromesnil?

—Justamente.

—¡Pero si lo conozco!—exclamó ella.—Un *restaurant* magnífico.

Iba á confesar que había cenado allí más de una vez, en galante compañía; pero se contuvo á tiempo.

En un momento Román Tremor se elevó á diez codos en su imaginación.

Se veía ya dueña del establecimiento aquel, que tanto le había llamado la atención.

Y como Román no dejara su mano y la estrechara más tiernamente aun, sus esperanzas aumentaban por momentos.

—Sois encantadora—murmuró él.—Desde que os he visto siento más despejada la ca-

beza, el corazónn menos oprimido. ¡Sólo una amiga como vos podría hacerme olvidar á la otra! ¡Oh! ¡si quisierais, Juliana!...

Ella no deseaba otra cosa. La voz de Román le llegaba al alma. Decididamente, en su ya larga carrera (iba á cumplir los treinta, edad terrible) no había conocido un hombre que se pareciera á aquel, tan activo, tan robusto, tan bien plantado y tan guapo. Y Román la hablaba con tanta dulzura, la miraba con tan hermosos ojos, que ya dió por hecho que entre ambos existía una corriente de simpatía tan podera como natural.

—Volveremos á vernos, si quereis, Juliana,—repuso él.— Si no os oponseis, saldré de aquí contento.

Juliana se hizo de rogar algo, para no ceder á la primera intimación; dijo que eso era ir de prisa al asunto; pero enseguida se decidió.

Román, antes de irse, logró conocer á fondo la historia de Solange, con algunos detalles que se le hicieron muy crueles.

Supo que su amada habitaba en la calle de la Sourdiere, núm. 46. Que el marqués y otros la galanteaban. Juliana se dignó ser indulgente é hizo protestas de amistad hacia Solange, pero sin ocultar á Román que le parecía algo coqueta, y que él haría mal en contar con ella para regresar al pueblo, ó vejetar tras de un mostrador, puesto que Solange tenía aspiraciones más elevadas. Añadió que si la chica no habia aceptado

aún las proposiciones tan brillantes que la ofrecían, era con el deliberado propósito de obtener más andando el tiempo. Y respecto de su virtud... no podía sino decir que tenía un hijo, cuyo niño criaba una nodriza, tía de una de las oficialas del taller, que se llamaba la viuda Collet, habitante en Cormeilles.

Juliana lo refirió todo de una vez, casi sin tomar aliento. Su objeto era desanimar á Román y enfriar las cenizas del fuego que Solange avivó en otro tiempo.

En síntesis: Juliana no inventaba nada. Decía, poco más ó menos, lo que sabía, con malicia, es verdad; pero después de todo ello, tenia alguna disculpa. ¡Se creía ya la rival de Solange!

¿Y por qué no habia de suplantar á aquella ingrata en el corazón de aquel hombre abandonado, enamorado, y á quien ella estaba dispuesta á consolar?

Román, mientras la escuchaba, iba guardando en la memoria los detalles útiles y rechazando los inútiles.

Para mejor conciliar lo que se proponía, hasta se permitió abrazar la cintura de la doncella, y prometerla que muy pronto se volverían á ver. Luego bajó la escalera, repitiendo sin cesar:

—Sourdiere, 46—y añadía:—Viuda Collet, en Cormeilles.

A la luz de un farol apuntó esas señas, y luego se dirigió, corriendo, á la calle de Sourdiere.

Esta calle es muy antigua, estrecha y es-